

# 16. EL SACRIFICIO DE CRISTO HONRA LA LEY DE DIOS

"Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley." - Salmo 119:18

**S**atanás siempre ha dicho que la ley de Dios es arbitraria e injusta, y su gobierno tiránico. Por este medio trata de justificar su secesión del gobierno, y su intento de exaltar su propio trono por encima de las estrellas de Dios.

*En los capítulos anteriores nos hemos esforzado por demostrar que, a pesar de las cavilaciones de Satanás, la ley es una revelación divina de un amor infinito e inmutable. Es nuestro objetivo en este capítulo mostrar cómo en el sacrificio de Cristo la ley de Dios fue exaltada, y su amor revelado, y sin embargo el transgresor fue misericordiosamente perdonado, para que el hombre pecador pudiera ser hecho uno con Dios.*

Pablo dice: "¿Acaso anulamos la ley por la fe?" Esto es precisamente lo que afirman muchos teólogos modernos. Estos deberían escuchar la respuesta de Pablo: " ¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley." (por la fe, entiéndase). ¿Cómo es que nosotros establecemos la ley de Dios cuando tenemos fe en Cristo? Hagamos otra pregunta: ¿Por qué Dios no perdonó al pecador sin el sacrificio de Cristo? ¿Fue porque no amó suficientemente al hombre? -¡Oh, no! Dios se revela a través de Jesucristo. Cristo dice: "Yo y mi Padre somos uno". En la crucifixión, tanto la expresión del amor divino como la revelación de las profundidades del pecado desafiante del mundo llegaron al clímax. Pero incluso allí Jesús, muriendo en la cruz mientras el mundo impenitente se burlaba a sus pies, derramó sus anhelos del alma por el hombre en estas palabras: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Así se revela lo que Dios siente incluso hacia un mundo impenitente. Él anhela perdonarlos. ¿Por qué no lo hace? - Tal acto ignoraría su ley y la anularía, llevando a otros a violarla irreflexivamente. Pero la violación de esa ley trae como resultado inevitable la miseria y la muerte. Ningún perdón que no pueda eliminar la miseria y la muerte valdría la pena. Un perdón que llevara a más hombres a ellas sería una maldición en lugar de una bendición. Todo buen padre ha sentido a veces el deseo de conceder a su hijo algún placer presente, pero se ha visto obligado a abstenerse, por temor al dolor futuro.

Pablo dice de Cristo: "En quien tenemos la redención por su sangre, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia, en la que abundó para con nosotros en toda sabiduría y prudencia." Esto muestra claramente que el amor y el favor de Dios, si Dios hubiera sido imprudente, podría haber abundado hacia nosotros de manera imprudente; pero por medio de Jesús se manifestaron de manera tan prudente que el pecador puede tener el perdón y la paz, y sin embargo no ser llevado por ello a considerar el pecado liviana-

mente, puede tener el perdón y la paz, y sin embargo, la ley sea tan exaltada y magnificada que las multitudes sean conducidas de nuevo a su lealtad. Si el gobernador de un Estado perdonara indiscriminadamente todas las ofensas contra la ley, aboliría absolutamente toda restricción de la ley. El motivo en su mente podría ser el amor, pero el amor se manifestaría de manera tan imprudente y poco sabia que conduciría a la anarquía y a la miseria. Lo mismo ocurre con el Gobernador del universo. Su amor y su sabiduría son uno. Su poder de perdón debe ser ejercido con "sabiduría y prudencia" para conducir a los hombres a la unidad y a la alegría, y no a la anarquía y a la miseria, pues de lo contrario no es amor.

Cuando el Fuerte Sumter fue atacado, si en un sentimentalismo enfermizo los Estados Unidos hubiera dicho: "Ahora no queremos hacer daño a estos hombres; los dejaremos a todos libres, en lugar de castigarlos y causar miseria a sus familias", nuestras leyes, nuestro gobierno, habría sido deshonrado. Los hombres habrían dicho: "Los americanos no respetan sus leyes; no defenderán su gobierno." Nuestra unidad se habría perdido. Otras naciones habrían venido cada una por su parte de nuestro territorio, y el resultado habría sido la miseria, la esclavitud y la muerte. En lugar de esto, enviamos a nuestros hijos más nobles. Derramaron la sangre de su vida, se entregaron como un sacrificio vivo para acabar con la rebelión. Cuando la rebelión fue sofocada, y los separatistas se rindieron, entonces manifestamos nuestra disposición a perdonar. Perdonamos a todo aquel que depusiera las armas. Incluso los líderes de la rebelión fueron perdonados libremente. Esto lo podríamos hacer ahora, y nadie diría que no respetamos nuestras leyes. Esto lo podríamos hacer ahora, y no se prestaría a más miseria.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> La idea de esta ilustración está tomada del "Plan de Salvación" de Walker. [Una problemática ilustración que compara el ejército del Norte de los Estados Unidos con la obra de sacrificio de Cristo. Otra ilustración sería mucho mejor. Jesús nunca llevó un arma. editor]

El pecado es la secesión del gobierno de Dios. Satanás se separó y trató de exaltar su trono por encima del de Dios. Los pecadores son aquellos que se han unido a las fuerzas de Satanás en la secesión. Dios, en su infinito amor, envía a su propio y único Hijo para sofocar la rebelión. No puede perdonar a los que aún están en rebeldía, pues esto no haría más que justificar la rebelión y deshonar la ley, y así perpetuar y multiplicar la miseria. Pero a través de Jesús esta rebelión va a ser finalmente sofocada por completo. "La semilla de la mujer herirá la cabeza de la serpiente." Sobre cada cima de la tierra y el cielo, donde por un corto tiempo ha ondeado el estandarte negro del hombre de pecado, flotará para siempre el blanco estandarte del Príncipe de la Paz.

Todo aquel que deponga las armas y rinda su voluntad oposicional a Dios tiene la promesa del perdón. Este perdón Dios puede concederlo, y no deshonar su ley. Más aún, es a través de este perdón que se revelan la misericordia y el amor de la ley y el gobierno de Dios, un amor que sólo ordena el camino correcto, no para ser arbitrario y dominante, sino para que los hombres sean felices-un amor que, cuando los hombres se arrepienten del mal, y vuelven sus corazones hacia la ley quebrantada, está siempre dispuesto a perdonar el pasado y a dar poder para la obediencia futura. Es así como Dios puede ser justo y justificar a los que creen en Jesús. Es así como la fe en Jesús exalta la ley de Dios a los más altos cielos, y la establece para siempre.

La cruz del Calvario, para todo el universo de los seres inteligentes, es la mayor demostración que se ha dado o se podrá dar de que la ley de Dios es eterna y universal, y que su amor es infinito, que descende con ternura y anhelo paternal para elevar al más bajo transgresor. **En efecto, su amor es su ley, y la ley es inmutable porque su amor es eterno. Cuando los hombres contemplan esto, son llevados a arrepentirse de las transgresiones pasadas y a pedir poder para la obediencia futura. Así es como Cristo es exaltado como Príncipe y Salvador, para dar el arrepentimiento a Israel y el perdón**

**de los pecados. Es así como se realiza la expiación, y los hombres rebeldes son conducidos de nuevo a la unidad con Dios y con los demás.**

La vida y la muerte de Jesús - ahí está y estará por los siglos de los siglos, un argumento incontestable para todos los seres inteligentes del indecible amor de Dios, que primero se expresó en la ley, y luego, cuando los hombres violaron la ley, se reveló más plenamente a través de Cristo; un argumento divino e incontestable para demostrar que:

*1. Si los hombres sufren, no es porque sean culpables personalmente, sino por los pecados de otros. Jesús también sufrió, el justo por los injustos.*

*2. No es porque Dios esté enojado con nosotros, o nos odie, que sufrimos; porque amó a Jesús, su Hijo unigénito, pero Jesús sufrió más que todos nosotros.*

*3. Toda la miseria del mundo es el resultado de la violación de la ley de amor de Dios, cuyo cumplimiento es el único modo posible de que los seres inteligentes pueden ser felices.*

*Por tanto, la miseria no sólo no es una evidencia del olvido u odio del Padre, sino una prueba directa incontestable de ese amor paternal y solícito que en la ley decía: "No lo harás, hijo mío, no lo harás".*

*4. La única manera de salir de este pozo de oscuridad en el que hemos caído es arrepentirnos del pecado y entregar nuestro corazón para cumplir la ley divina. Podemos entonces ser perdonados sin que Dios ignore esta ley, y entonces Dios puede darnos poder, como hizo con Jesús, para condenar el pecado en la carne, y él, por su Espíritu, puede cumplir la justicia de la ley en nosotros.*

*5. Una vez hecho esto, no debemos buscar la liberación de la pena en este mundo, pues nosotros, con él, soportaremos los pecados y las penas de los demás;*

*sino que podemos buscar el descanso que queda para el pueblo de Dios, -- para la gran eternidad donde todos los males de la tierra serán corregidos, y donde lo que es oscuro aquí será luz en el cielo. Con Job, decimos: "Yo sé que mi redentor vive", y con David: "Estaré satisfecho cuando despierte con tu semejanza." Con toda la innumerable compañía nos consideraremos peregrinos y forasteros aquí, en busca de la ciudad que tiene fundamentos, cuyo constructor y artífice es Dios.*

*6. En lugar de que el dolor sea una evidencia de la ira de Dios, Él, en su infinita sabiduría y amor, la utiliza como medio de disciplina y desarrollo que nos preparará mejor para las alegrías del cielo. De hecho, tenemos su promesa de que todas las cosas se combinan para nuestro bien, si lo amamos. Incluso Jesús se perfeccionó a través del sufrimiento antes de Ser el capitán de nuestra salvación, y ¿nos quejaremos si se nos pide que sigamos a nuestro Líder hasta la perfección y la alegría, por el mismo camino que él recorrió?*

*7. Toda la vida y la muerte de Cristo son una evidencia, una demostración de la posibilidad de que la debilidad humana pueda asir el poder divino por la fe como para vivir en este mundo una vida justa y morir una muerte triunfante.*

Todas estas lecciones debe aprenderlas un mundo perdido antes de poder ser redimido. Jesús las enseñó todas, y él es el Redentor. En su vida y en su muerte todo el problema del dolor es considerado y cada pregunta es contestada, y contestada en armonía con un Dios que es amor.

Este ha sido el problema de los problemas. Todas las filosofías lo han tratado en vano. El epicureísmo, al negar la posibilidad de una vida futura, sumergió a los hombres en la loca carrera por el placer aquí, multiplicando así su miseria e hizo de cada pena un mal sin mezcla que ocultaba a los hombres el rostro de un Padre amoroso. El estoicismo trató de entumecer el sen-

timiento del hombre hacia el sufrimiento, y así, de hecho, los hacía indiferentes a las penas de los demás. Buda abandonó el problema. Dijo que existir es sufrir, el único descanso es el Nirvana de la nada. Incluso los consoladores de Job respondieron mal a todas estas preguntas; y la esposa de Job le rogó, a causa de su dolor, que maldijera a Dios y muriera.

Este ha sido el camino del mundo, todos los hombres a través del sufrimiento llegaron a odiar a Dios, y así se metían constantemente en más pecados y más sufrimientos, hasta que todo el conocimiento de un Dios que es amor se perdió. Pero después de que los hombres, por sabiduría, no conocen a Dios, le agradó a Dios, por medio de Jesús, revelarse y resolver todos estos problemas. La única razón por la que Job no fue con la multitud a la maldición y la muerte fue que por la fe había captado la promesa y el hecho de un Salvador, y a través de él, de un futuro en el que debería "ver a Dios", y llegar a comprender todas sus providencias aquí. ¿Y qué nos queda a nosotros? ¿Que soportemos con paciencia, sí, con alegría, todas las penas que vengan, y así llenar aquello que está detrás de los sufrimientos de Cristo por el bien de su cuerpo, que es la iglesia?

¿Por qué no hemos de alegrarnos en la tribulación? Si estamos en la cárcel, el Amor tiene las llaves, y nosotros, como Pablo, no somos prisioneros del César, sino prisioneros del Señor. Nuestro propio bien y el bien de su causa son uno, y cuando sea para ese bien nos liberará, como lo hizo con Pedro.

Ninguna pena nos puede alcanzar hasta que su amor la haya transformado en una bendición. Nos hace más tiernos, más bondadosos, nuestras simpatías se amplían, nuestros corazones se ensanchan, y nos elevamos más y más en la atmósfera del amor divino, hasta que la expiación es completa, y nos convertimos en uno con la humanidad que sufre, y al mismo tiempo uno con el Padre y uno con el Hijo.